

<http://dx.doi.org/10.4067/s0719-51762026000100189>

**“... AJENOS VAMOS, SIN LOS NUESTROS, EN UN TIEMPO
OXIDADO”. DESARRAIGO Y CRÍTICA A LA MODERNIZACIÓN EN
LA POESÍA DEL EXILIO DE VALPARAÍSO¹**

**“...WE GO, WITHOUT OUR OWN, IN A RUSTY TIME”.
UPROOTEDNESS AND CRITIQUE OF MODERNIZATION IN THE
EXILE POETRY OF VALPARAÍSO**

Ximena Figueroa Flores

Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile

xfigueroa@academia248.onmicrosoft.com

<https://orcid.org/0000-0002-6934-4843>

RESUMEN: La poesía del exilio de Valparaíso, en las voces de Alicia Galaz, Osvaldo Rodríguez, Eduardo Embry y Luis Mizón, configura una poética del desarraigo que dialoga con una crítica a la modernización instaurada tras el golpe de Estado de 1973 en Chile. El desplazamiento forzado pone en escena el desarraigo como pérdida de comunidad, en tensión con las metrópolis globalizadas de Estados Unidos y Europa. Las obras seleccionadas (1988-2012) expresan la angustia y deshumanización de este proceso, que despoja a las subjetividades exiliadas de identidad y territorio, situándolas en un tiempo marcado por la violencia, la alienación y el extrañamiento. Estos poemas reconstruyen simbólicamente una utopía perdida y cuestionan los costos humanos de la modernización en América Latina.

¹ Proyecto Fondecyt de Iniciación no. 11230292, financiado por ANID.

PALABRAS CLAVE: desarraigo, exilio, modernización, poesía chilena, Valparaíso.

ABSTRACT: The poetry of exile from Valparaíso, in the voices of Alicia Galaz, Osvaldo Rodríguez, Eduardo Embry and Luis Mizón, configures a poetics of uprootedness that engages in a critique of modernization established after the 1973 coup d'état in Chile. Forced displacement foregrounds uprootedness as a loss of community, in tension with the globalized metropolises of the United States and Europe. The selected works (1988–2012) express the anguish and dehumanization of this process, which strips exiled subjectivities of identity and territory, situating them in a time marked by violence, alienation and estrangement. These poems symbolically reconstruct a lost utopia and question the human costs of modernization in Latin America.

KEYWORDS: uprootedness, exile, modernization, Chilean poetry, Valparaíso.

Recibido: 7 de agosto de 2025

Aceptado: 13 de marzo de 2026

*Por los ríos ajenos vamos, sin los nuestros,
en un tiempo oxidado.
— Alicia Galaz*

1. INTRODUCCIÓN: DESARRAIGO COMO EFECTO DE LA MODERNIZACIÓN EN LA POESÍA DEL EXILIO DE VALPARAÍSO

Alicia Galaz (1936-2003), Eduardo Embry (1938), Osvaldo Rodríguez (1943-1996) y Luis Mizón (1942-2022) son cuatro poetas exiliados oriundos de Valparaíso, cuyas obras seleccionadas para este estudio conforman una poética del desarraigo afectivo, lingüístico y territorial que dialoga con una crítica, a veces implícita y otras más explícita, a la modernización impuesta tras el golpe de Estado de 1973 en Chile, entendida como una reorganización de las formas de vida y de las relaciones comunitarias en el contexto de

la instalación del modelo neoliberal. Esta poesía del exilio no solo testimonia la fractura personal y colectiva de sus autores y autora, sino que también construye un archivo simbólico desde el cual repensar los costos humanos del progreso en América Latina, situando a Valparaíso como un espacio figurativo atravesado por la globalización, el despojo y la pérdida de comunidad.

El corpus se delimita a poemarios publicados entre fines de la década de 1980 y comienzos del siglo XXI, producidos en diversos contextos de exilio. Estas escrituras, situadas en una zona menos visible de la poesía chilena del período, tienden a desplazar la denuncia explícita hacia una elaboración en que la memoria, la lengua y el espacio expresan la experiencia del desarraigo.

Ahora bien, la poesía del exilio de Valparaíso ha sido estudiada desde enfoques que entretejen la espacialidad literaria y la memoria afectiva. En esta línea, Ximena Figueroa Flores y Felipe González Alfonso (2021), retomando la tradición crítica sobre la espacialidad literaria de Fernando Aínsa (2006), proponen la noción de “geopoética de la distancia” para dar cuenta de la evocación del espacio porteño desde el exilio, en tanto construcción simbólica que reconfigura la relación entre lugar de origen y espacio de acogida. Estas poéticas se inscriben en una tradición marcada por la desterritorialización y el extrañamiento (Figueroa Flores y González Alfonso, 2018), alejándose de formas testimoniales más explícitas. Desde un enfoque complementario, Ximena Figueroa Flores y Nibaldo Acero (2019) sugieren que estas escrituras pueden leerse como un discurso metatestimonial, en el que la dimensión experiencial del exilio se elabora a través de la fragmentación de la memoria, los silencios y la subjetividad.

En paralelo, diversos estudios recientes han profundizado en la especificidad de la literatura de Valparaíso como un campo diferenciado dentro de la tradición nacional. Braulio Rojas Castro (2018) propone una lectura de conjunto de la literatura porteña en el exilio, relevando la producción de autores como Embry, Mizón y Rodríguez, mientras que sus trabajos posteriores (2024a; 2024b) examinan la conformación de un imaginario urbano-costero y la posibilidad de comprender esta literatura como regional, portuaria

y cosmopolita, en diálogo con las teorizaciones de Adolfo de Nordenflycht; una de las más significativas que se han hecho sobre la literatura porteña. En una línea convergente, Alexis Candia-Cáceres y Óscar Rosales Neira (2025), así como Patricio Landaeta y Alexis Candia-Cáceres (2025), abordan las poéticas del puerto como formas de representación de un espacio urbano heterogéneo, marcado por dinámicas de fragmentación, circulación y superposición cultural. En conjunto, estos estudios permiten situar la poesía del exilio de Valparaíso en el cruce entre una tradición literaria local y los procesos históricos y culturales que constituyen la ciudad como un espacio simbólicamente complejo. En este contexto, si bien estos enfoques han avanzado en la comprensión de la espacialidad, la memoria y la especificidad de la literatura porteña, resulta necesario contar con una categoría que permita pensar de manera integrada las formas de inscripción afectiva y lingüística del exilio.

En un marco más amplio, el desarraigo ha sido comprendido como un efecto particular de las sociedades contemporáneas marcadas por la movilidad y la globalización (Des Rosiers, 1997). En el corpus analizado, esta dimensión no se limita a la pérdida territorial, sino que implica una reorganización de la memoria, la lengua y la pertenencia, configurándose como una dimensión recurrente de la subjetividad en el exilio. En este sentido, el desarraigo no se reduce al desplazamiento geográfico, sino que remite a una disposición subjetiva que involucra dimensiones afectivas, lingüísticas y territoriales, en tensión con los procesos de modernización que transforman los espacios urbanos y las relaciones comunitarias. Desde aquí, el desarraigo puede leerse como una categoría que permite examinar la vivencia del exilio a partir de procedimientos poéticos específicos – como la fragmentación de la memoria, el desplazamiento de la voz, la inestabilidad del espacio o la tensión entre lenguas –, estableciendo así distintas formas de relación entre subjetividad, territorio y modernidad.

A partir de estas aproximaciones, cabe precisar el enfoque que orienta el presente análisis. Se propone que estas escrituras conforman una poética del desarraigo que, lejos de limitarse a una elaboración nostálgica de la pérdida, instaura una crítica afectiva y

simbólica a la modernización establecida en Chile tras 1973. A través de registros estéticos diferenciados, estas obras configuran una relación tensa entre memoria, territorio y extranjería, en la que la experiencia de habitar espacios modernizados intensifica la fragmentación subjetiva y comunitaria.

Desde una perspectiva comparatista, el análisis se centra en la lectura textual de un corpus acotado de poemarios producidos entre 1988 y 2012, atendiendo a procedimientos poéticos vinculados a la elaboración de imágenes, modulaciones del hablante, figuraciones del espacio y tensiones lingüísticas. Este enfoque identifica ciertas recurrencias formales y semánticas que permiten comprender el desarraigo como un afecto inscrito en distintos niveles de la escritura, a la vez que examina la manera en que la experiencia del exilio habilita una lectura transversal que vincula estas escrituras con una problematización más amplia de los efectos culturales y humanos de la modernización en América Latina.

Durante el siglo XIX, Valparaíso se consolidó como un nodo estratégico del circuito mercantil capitalista de la región, impulsado por la industrialización y los nuevos medios de transporte que permitieron un acelerado intercambio de mercancías a nivel mundial. Como primer puerto del Pacífico, donde recalaban obligatoriamente los barcos comerciales provenientes de Europa, la ciudad adquirió una marcada atmósfera cosmopolita. Este dinamismo comercial, asociado en gran medida a la actividad financiera vinculada a la minería del norte, propició un proceso de aburguesamiento basado en la acumulación de riqueza en el sector plano de la ciudad. En paralelo, se agudizó la segregación espacial, pues las clases populares fueron desplazadas progresivamente hacia los cerros, en una reorganización urbana atravesada por la desigualdad.

Durante la primera mitad del siglo XX una serie de circunstancias desplazaron a Valparaíso de su liderazgo portuario: la construcción del canal de Panamá en 1914, el descubrimiento del salitre sintético y la crisis de 1929 lo sumieron en una crisis económica que, como en otros países del continente, dio lugar a la llamada “cuestión social”. La influencia del pensamiento anarquista y socialista, difundido en gran parte por inmigrantes europeos, fortaleció las demandas obreras y contribuyó a la deslegitimación de la sociedad

oligárquica. Estos procesos derivaron en reconfiguraciones políticas que, en el contexto de la Guerra Fría, estuvieron mediadas por la intervención de Estados Unidos y por una creciente polarización ideológica. Se produjo entonces “la inflación ideológica” marcada, según Norbert Lechner (1988), entre otras cosas, por la sacralización de los principios políticos, la percepción del presente como transición y la adopción de visiones totalizantes (p. 256). Esta manera de entender los procesos históricos explicaría la Revolución cubana de 1959, el gobierno de la Unidad Popular (1971 y 1973) y la posterior oleada de dictaduras en el Cono Sur.

En Chile, la hostilidad norteamericana se manifestó desde los inicios del nuevo gobierno, con su reacción frente a la nacionalización del cobre y el bloqueo comercial y financiero (Halperin Donghi, 1996, p. 644-645). La dictadura de Augusto Pinochet consolidó este proceso mediante un corte violento en la historia nacional, estableciendo un sistema económico neoliberal caracterizado por “la internacionalización de los mercados, del dinero y, en especial, del desarrollo tecnológico” (Lechner, 1990, p. 211), así como por su imposición fuera de toda legitimidad política y moral. En este contexto, como ha señalado Fredric Jameson (1991), las transformaciones del período pueden comprenderse como “la expresión interna y superestructural de toda una nueva ola de dominación militar y económica norteamericana de dimensiones mundiales” (p. 19). Es decir, como parte de una reconfiguración global asociada a la expansión del capitalismo avanzado.

Este recorrido histórico permite comprender que la modernización en Valparaíso no constituye únicamente un proceso económico, sino una reelaboración de las formas de vida, cuyos efectos, como la fragmentación territorial, la pérdida de comunidad y el desplazamiento, se proyectan en las poéticas del exilio aquí analizadas. La y los poetas tematizan los costos humanos de este proceso, cuyas fases tempranas, además, se dejaron ver con nitidez en Valparaíso desde el siglo XIX. Cada una de sus poéticas pone énfasis, de manera persistente, en el desencanto y la fractura subjetiva que emerge del desarraigo, entendido como efecto de una reorganización de los vínculos comunitarios y de la relación con el territorio.

Alicia Galaz emigró a Estados Unidos, Eduardo Embry a Inglaterra, Luis Mizón a Francia, y Osvaldo “Gitano” Rodríguez residió en diversos países europeos (de ahí el apelativo con el que es conocido). Al haber sido Europa y Estados Unidos los principales destinos de acogida tras la instauración de la dictadura cívico-militar de Pinochet en 1973, sus escritos expresan una condición de extranjería que contrasta estos territorios metropolitanos con la memoria de un Valparaíso marcado por el auge y la posterior caída de su sistema económico y mercantil. La crítica a este proceso modernizador en los poemarios debe entenderse, así, en relación con el origen porteño de sus autores y autora, cuyas memorias de la ciudad perdida dialogan con sus transformaciones históricas.

Desde este trasfondo histórico y simbólico, es posible comprender la manera en que estas poéticas elaboran el desarraigo no solo como experiencia individual, sino como inscripción de una fractura colectiva. Bajo este marco, el artículo aborda, en un primer apartado, las representaciones del desplazamiento forzado y la desintegración comunitaria en la obra de Alicia Galaz y Luis Mizón; luego, examina la elaboración simbólica de las ciudades europeas de acogida como escenarios de alienación y marginalidad en los textos de Osvaldo Rodríguez y Eduardo Embry; finalmente, analiza las tensiones lingüístico-culturales e ideológicas que atraviesan los poemas, con especial atención al bilingüismo, la poética del cuerpo y la ironía. El trabajo concluye con una reflexión sobre el potencial político de estas escrituras en el contexto del exilio latinoamericano y los procesos globales de desarraigo.

2. LOS DESPLAZADOS DEL PROGRESO: DESINTEGRACIÓN DE UNA COMUNIDAD

El análisis se centra en los siguientes poemarios: *Señas distantes de lo preferido* (1990) de Alicia Galaz, *Province perdue* (1988) y *Marée basse. Suivi de six arbres* (2012) de Luis Mizón, *Cantos de extramuros* (1994) de Osvaldo Rodríguez y *Al revés de las cosas que en este mundo fenecen* (2010) de Eduardo Embry. En este corpus, la escritura de Galaz tiende a una elaboración introspectiva del desarraigo, donde la memoria y la subjetividad adquieren

un carácter central; en Luis Mizón, se vincula con una poética atravesada por la extranjería lingüística y el desplazamiento cultural, especialmente en su relación con el francés; en Osvaldo Rodríguez, los textos combinan elementos de la cultura popular y la canción con una mirada crítica sobre la pérdida del espacio comunitario; mientras que en Eduardo Embry se construye una representación del exilio marcada por la marginalidad urbana y la experiencia de la ciudad extranjera. Esta diversidad de registros permite abordar el desarraigo no como una sensibilidad homogénea, sino como un campo de tensiones donde se cruzan distintas formas de inscripción poética.

En este nivel, el desarraigo se expresa como pérdida de comunidad y desintegración del territorio. Desde esta perspectiva, puede entenderse, en términos de Ana Bundgard (2013), como una experiencia de pérdida irreparable que afecta tanto la dimensión subjetiva como la comunitaria, pero que, al mismo tiempo, puede reconfigurarse en el contexto del exilio a través de nuevas formas de filiación simbólica y afectiva. En el caso de la literatura porteña en el exilio, esta tensión ha sido señalada por Braulio Rojas Castro (2018), quien advierte que estas escrituras desplazan la denuncia directa hacia una elaboración más fragmentaria, territorial y subjetiva del destierro.

Lejos de las zonas más canónicas del exilio chileno, estas autorías despliegan una constelación porteña cuya relevancia radica en haber desplazado la denuncia directa hacia una poética elegíaca, territorial y subjetiva del exilio. A partir de este marco, es posible examinar la manera en que estas escrituras elaboran, en sus procedimientos poéticos, una vivencia del desarraigo vinculada a la pérdida de comunidad y a la transformación del espacio.

En “Poema del destierro”, uno de los poemas más explícitos de *Señas distantes de lo preferido* en relación con la dictadura, Alicia Galaz opone la figura del poeta a la de los asesinos y los acumuladores de riqueza:

Mientras algunos descubren cómo matar
otros trepan en un trapezio de luz.

El sol camina de espaldas al llanto
que en el luto enjugan las mujeres.
Y hay los que cantan la canción del oro
rodando las palabras gruesas del odio... (Galaz, 1990, p. 12)

Estos versos conjugan la relación entre la violencia política y la reorganización del sistema económico –unos matan, otros celebran la riqueza con palabras atravesadas por el odio–, inscribiendo así el desarraigo en un escenario donde la pérdida de la comunidad se vincula con la imposición de un nuevo modelo social. En este sentido, el poema activa un intertexto con “La canción del oro” de Rubén Darío, donde el poeta modernista incita irónicamente a los artistas a alinearse con los sectores dominantes:

¡Eh, miserables, beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos,
vagos, rateros, bandidos, pordioseros, peregrinos, y vosotros los desterrados,
y vosotros los holgazanes, y sobre todo, vosotros, oh poetas!

¡Unámonos a los felices, a los poderosos, a los banqueros, a los semidioses
de la tierra!

¡Cantemos el oro! (Darío, 2013, pp. 116-117)

A diferencia de esta formulación, en Galaz la “canción del oro” deja de operar como ironía modernista para convertirse en signo de una violencia estructural que enuncia muerte, acumulación y lenguaje, configurando un espacio en el que el desarraigo se expresa como fractura ética y comunitaria frente a los procesos de modernización.

Por otro lado, están los poetas, que se elevan en busca de la luz, de lo espiritual y lo bello, y las viudas en busca de consuelo, lo cual puede ponerse en relación con los grupos de mujeres que, tanto en Chile como en Argentina, exigían conocer el paradero de sus familiares desaparecidos por las dictaduras. También se efectúa una oposición entre quienes deben resignarse al ciclo de la vida y la muerte impuesto por las dictaduras y aquellos que deben partir al exilio:

Los unos seguimos cogiendo la lección de las hojas
que mueren y renacen a la primavera siguiente.
Los otros abandonamos la tierra y marchamos:
enterramos la rosa amarilla del espanto,
[...]
Por los ríos ajenos vamos, sin los nuestros,
en un tiempo oxidado. (Galaz, 1990, p. 12)

Como en otros poemas de Alicia Galaz, quienes parten al exilio deben resignarse a una temporalidad otra, corroída por la pérdida de un proyecto político, familiar y vital desarrollado en el lugar de origen. Esa pérdida aparece como desarraigo territorial pero también como una transformación de la experiencia del tiempo y de la memoria. La imagen del “tiempo oxidado” condensa esta dimensión: no se trata solo de la distancia geográfica, sino de una transformación de la experiencia histórica y afectiva.

Por su parte, la “rosa amarilla del espanto”, asociada generalmente a los celos y la infidelidad (Bruce-Mitford, 1996, p. 50), puede leerse como una proyección afectiva vinculada a la incertidumbre y la pérdida, en la que el exiliado imagina aquello que ocurre en su ausencia en el espacio de origen. En el caso del exilio, sin embargo, estos afectos deben ser contenidos o silenciados, como aquello que se entierra y no puede ya encontrar resolución.

El registro más abstracto y menos discursivo de Luis Mizón, que más bien consiste en yuxtaposiciones de símbolos, abunda, sin embargo, en significantes que remiten a una comunidad perdida y a un territorio en ruinas. En el poema “6” de la séptima parte de *Province perdue*, cuyo título, además, dialoga con esta temática, convergen una serie de imágenes que, al interceptarse, conforman, de manera fragmentaria, la escena de un territorio dividido:

Nous caressons la peau ancienne
le corps nouveau
la peur que nous avons
dans la nuit cannibale
Les lèvres vulnérables
de la pierre édifée sur les flammes
La bouche assoiffée de sang et de lait

Bibliothèques cachées
manuscrits gribouillés tachés
par des doigts d'enfant
traces d'une vieille souffrance
Nous devinons jeux et danses
échos et tambours
une autre habitude d'aimer et de mourir

Le soleil se brûle à l'œil de l'aveugle
réchauffe la maison en ruines. (Mizón, 1988, p. 44)²

Las imágenes no se organizan en una secuencia narrativa, sino en una acumulación que hace coexistir distintos estratos de violencia y memoria: una noche amenazante y voraz, cuerpos expuestos a la destrucción, una construcción erigida sobre las llamas, libros ocultos que conservan huellas de la infancia y un dolor que se prolonga en el tiempo. En

² “Acariciamos la piel anciana / el cuerpo nuevo / el miedo que tenemos / en la noche canibal / Los labios vulnerables / de la piedra edificada sobre las llamas / la boca sedienta de sangre y de leche // Bibliotecas escondidas / manuscritos garrapateados manchados / por dedos de niño / rastros de un viejo sufrimiento / Adivinamos juegos y bailes / ecos y tambores / otra costumbre de amar y de morir // El sol se quema al ojo del ciego / calienta la casa en ruinas” (la traducción es nuestra).

contraste, aparecen también indicios de celebración —juegos, danzas, tambores— que introducen una tensión entre destrucción y persistencia. Finalmente, la imagen de la casa en ruinas condensa este campo simbólico, figurando la desintegración del espacio comunitario y del territorio.

Algo similar ocurre en uno de los poemas de *Marée basse* de Mizón, donde esta fragmentación se desplaza desde el territorio hacia el cuerpo:

Avant que notre corps
rapiécé
nous dépouille de nos grimaces
des anges bandits se partageront en silence
les vêtements de notre âme. (Mizón, 2012, p. 35)³

Si en el poema anterior era el hogar el que aparecía como territorio desintegrado, aquí es el propio cuerpo, el cuerpo de un nosotros, el que se presenta como espacio de fractura. Se trata de un cuerpo intervenido, despojado y repartido, que deja tras de sí una comunidad dispersa, marcada por la pérdida y la exposición. La condición del desarraigo no solo implica la pérdida de un lugar, sino la marca de esa pérdida en la materialidad misma del cuerpo y de la memoria. Como ha señalado Braulio Rojas Castro (2018), en la literatura porteña del exilio estas escrituras desplazan la representación del destierro hacia formas fragmentarias que inscriben la pérdida en el lenguaje y en las imágenes. Así, la comunidad se manifiesta tanto como una entidad perdida como una herida persistente que las y los sujetos exiliados arrastran. El hogar, la memoria y el cuerpo se fragmentan en la situación de desarraigo, dejando entrever que el proceso de modernización no produce integración, sino exclusión, descomposición y silenciamiento.

³ “... Antes de que nuestro cuerpo / remendado / nos despoje de nuestras muecas / ángeles bandidos se repartirán en silencio / las vestimentas de nuestra alma” (la traducción es nuestra).

En Galaz y Mizón el desarraigo se elabora ante todo como desarticulación de la comunidad y ruina del territorio, de modo que la crítica a la modernización emerge no como denuncia programática, sino como registro elegíaco de una desintegración histórica. Mientras en Galaz el desarraigo se produce desde una memoria atravesada por la violencia histórica, en Mizón se desplaza hacia un registro más fragmentario y simbólico del territorio en ruinas.

3. EUROPA MODERNA: CIUDADES CONTAMINADAS, PASEANTES MARGINALES

En un segundo nivel, el desarraigo se desplaza hacia la experiencia urbana del exilio, donde la modernización se manifiesta como marginalidad en las metrópolis de acogida. La crítica a la modernización se extiende, entonces, a las ciudades europeas. En el poema “París” de *Canto de extramuros* de Osvaldo “Gitano” Rodríguez, el hablante se reconoce en otros sujetos relegados de la ciudad modernizada del siglo XX:

Una plaza donde alguien vende sus secretos,
un ciego cantor del Metro,
un mutilado de la guerra que exhibe sus heridas
o los argelinos en uniforme azul:
antiguos matemáticos
hoy sólo barrenderos. (Rodríguez, 1994, p. 74)

El paseante exiliado sólo tiene ojos para quienes, como él, carecen de un lugar estable y de reconocimiento social: prostitutas, mutilados y profesionales reducidos a labores de subsistencia. Como ellos, no logra percibirse como parte de ese entorno, sino que se define desde la carencia. La necesidad aliena a la prostituta de su sexualidad, así como el ciego y el mutilado aparecen despojados de sus capacidades, y el matemático, de su saber.

En este punto, el desarraigo se inscribe en una ciudad que no integra y que además clasifica y margina, produciendo sujetos desplazados incluso dentro del espacio que habitan. Como sugiere Des Rosiers (1997), en las sociedades contemporáneas marcadas por la movilidad, el desplazamiento no se resuelve en la llegada, sino que se prolonga en formas de extranjería persistente. París, “la ciudad de la luz”, de la razón, símbolo de la civilización y meca del arte durante los siglos XIX y XX, aparece aquí como un espacio degradado, donde el hablante encuentra únicamente reflejos de su propia fractura. En lugar de abrirse a lo otro, a la posibilidad de una nueva vida, la ciudad se le devuelve como proyección de su interioridad quebrada.

En varios poemas de *Al revés de las cosas que en este mundo fenecen*, Eduardo Embry critica irónicamente la modernización, desplazando el desarraigo hacia la relación entre técnica, ciudad y subjetividad. En “Enemigo de los pájaros I”, esta crítica se dirige a los medios de transporte: utilizando elementos propios de las vanguardias históricas, como el humor y el absurdo, el poema invierte la modernolatría, o culto a la máquina, rasgo característico de corrientes como el futurismo:

Cuando Nicolás Cugnet patentó
el primer automóvil impulsado
por la fuerza del vapor, con sillas altas,
pelucas y tres ruedas de hierro,
dando explosiones y saltos,
rugió por primera vez
en estos caminos rurales:
los pájaros asentados en los árboles,
—que desde sus inicios todo lo vieron—
uno al otro, allá por 1769, en voz baja se dijeron
‘este es el demonio
que ha bajado del infierno’. (Embry, 2010, p. 26)

Aunque el poema se ambienta en Europa y remite a las pruebas mecánicas del inventor francés precursor del automóvil en el siglo XVIII, adquiere un sentido crítico particular en el contexto desde el cual se escribe: el de la ciudad moderna, contaminada y saturada de vehículos. En este marco, los pájaros representan la voz de una naturaleza amenazada por la máquina y, al mismo tiempo, reactualizan una figura tradicional de la poesía moderna –como el albatros baudeleriano o el Altazor de Huidobro– que simboliza al poeta marginado de la sociedad burguesa.

De este modo, la invención técnica no aparece como signo de progreso, sino como irrupción violenta que transforma el entorno y expulsa tanto a la naturaleza como al sujeto poético de su lugar. El desarraigo aquí se desplaza desde la pérdida del territorio de origen hacia la imposibilidad de habitar un espacio urbano reorganizado por la lógica de la máquina, donde no hay lugar para el artista ni para formas de vida que no se subordinan a la lógica de la modernización.

Los pájaros-poetas que auguran la amenaza demoníaca del automóvil reaparecen en otro registro, como la figura del poeta degradado y despojado de su aura en el poema de Embry “Bono para pensionados”. En este texto, el sujeto poético debe someterse a las exigencias de la burocracia para sobrevivir:

Esto de ser poeta y pensionado,
todo a una vez, no suena bien
en poesía, ni en las instrucciones
que vienen con el formulario que debo rellenar
para que el gobierno de este país
me mande un bono gratis
para pagar la cuenta del gas. (Embry, 2010, p. 37).

El poeta exiliado resulta doblemente marginado: por una parte, en el campo literario, donde su condición de pensionado tensiona y desactiva los rasgos subversivos o

asistémicos asociados a la figura del poeta contemporáneo; por otra, en el ámbito productivo, donde su condición de poeta, con pensión de desempleo, exagera hasta el ridículo la inutilidad con que es percibido socialmente. Convertido en mendigo de las instituciones en el país de acogida, debe someterse a la vergüenza, la incertidumbre y el tedio burocrático antes de recibir el mezquino mecenazgo estatal.

En este contexto, el desarraigo aparece como una forma de exclusión persistente que no se resuelve con la llegada, sino que se reinscribe en las estructuras administrativas y sociales del país receptor. Europa en estos versos deja de ser el centro cultural idealizado para aparecer como un gran teatro degradado, donde las y los exiliados se reconocen como paseantes de los márgenes urbanos y su propio reflejo reproduce la frialdad de esos escenarios. La ciudad moderna expone con aspereza la precariedad de las subjetividades desplazadas, lejos aún de cualquier forma de integración.

A diferencia de Osvaldo Rodríguez, cuya mirada se dirige hacia los otros marginales de la ciudad de acogida, Eduardo Embry lleva el conflicto a la figura del poeta, intensificando así la dimensión irónica y autorreflexiva del desarraigo. Si en el apartado anterior la modernización aparecía como ruina del origen, aquí aparece más bien como experiencia de marginalidad en las metrópolis de acogida, para desplazarse finalmente hacia un nivel aún más radical: la lengua.

4. LENGUA, IDEOLOGÍA Y FRACTURA DEL SUJETO EXILIADO

En este punto, el desarraigo deja de situarse únicamente en el territorio o en la experiencia urbana para asentarse en la lengua misma. La fractura del exilio se vuelve, entonces, visible en la propia materialidad del poema, donde lengua, cuerpo e ideología tensan las formas de decir y de pertenecer.

Tanto como el “Poema del destierro” de Galaz, el poema “Manos” de Osvaldo Rodríguez contiene, aunque desde una forma alegórica, una de las alusiones más explícitas al contexto dictatorial, por lo que resulta pertinente citarlo en extenso:

Tu mano izquierda con sus uñas propias
es por la mano derecha interrogada.
Aunque tú no lo creas
existen mudas amenazas entre ellas.
La derecha alude a su contraria
una suerte de caricias que no fueron
mientras la izquierda invoca cartas
que la derecha no debió escribir jamás.
Los dedos de la derecha se contraen
cada vez que recuerdan mis espaldas,
mientras la muñeca de la izquierda herida,
prisionera del tiempo y del reloj
ya casi no soporta el peso de las horas. (Rodríguez, 1994, p. 28)

Aunque en apariencia el poema alegoriza una relación amorosa, la reiterada alusión a las manos izquierda y derecha, sumada al contexto de su publicación (posterior al fin de la dictadura), habilita una lectura política: la del enfrentamiento ideológico que ha dividido al país. La interrogación de la mano derecha a la izquierda remite a los violentos interrogatorios a los que eran sometidos los detractores del régimen. Hay mutuas y solapadas amenazas, pero es la derecha la que agrede las espaldas del hablante, mientras que la izquierda se encuentra herida y prisionera del reloj, sometida a una temporalidad repetitiva y opresiva. El cuerpo del hablante se convierte, entonces, en el lugar donde se inscribe esa violencia, figurando un territorio escindido y conflictivo. Esta división no solo es política, sino también subjetiva: el sujeto aparece fracturado, atravesado por fuerzas ideológicas que lo separan de sí mismo y lo sitúan en una posición de vulnerabilidad permanente. La construcción alegórica del poema, al desplazar el conflicto político hacia el ámbito de lo íntimo, da cuenta, además, de una operación lingüística decisiva, que permite decir la violencia sin nombrarla directamente, inscribiéndola en el lenguaje a

través de la ambigüedad y el desdoblamiento. En este punto, el desarraigo adquiere la forma de una fractura interior del sujeto, asociada a la pérdida y al desplazamiento, que impide pensarlo como una unidad coherente.

Desde el punto de vista histórico, la oposición entre izquierda y derecha remite asimismo al quiebre político del país. En esta clave, la imagen de la “mano derecha” puede leerse como una evocación soslayada a la figura de Pinochet, quien traiciona “por la espalda” a Salvador Allende y desarticula el proyecto de la Unidad Popular, tras el golpe de Estado, instaurando una temporalidad marcada por la violencia y la repetición. Al mismo tiempo, el poema recoge, irónicamente, los reclamos de la derecha: las caricias que no se dieron pueden leerse como la promesa incumplida de la utopía socialista. Se trata, entonces, de un poema político en clave amorosa, cuya ironía recuerda el célebre eslogan parriano de los *Artefactos* de 1972: “La izquierda y la derecha unida jamás serán vencidas”, aunque aquí el énfasis recae en la violencia y en la imposibilidad de reconciliación.

Si en los apartados anteriores el desarraigo se manifestó como pérdida del territorio y marginalidad urbana, en este caso se inserta en la materia misma del poema, allí donde la lengua revela la fractura del exilio. En el poemario *Señas distantes de lo preferido* de Alicia Galaz, este proceso adquiere una dimensión lingüístico-cultural mediante el uso del *code-switching*, es decir, la alternancia de lenguas dentro de un mismo escrito, en este caso el español y el inglés. Aunque este fenómeno de bilingüismo aparece de forma puntual, resulta altamente significativo, ya que revela una escritura intercultural que habita la hibridez lingüística del exilio, a la vez que realiza una crítica anticipada al capitalismo patriarcal desde una inflexión feminista.

El *code-switching* aparece en dos versos de “Femipoema de la superpoblación” y en tres del poema homónimo del libro. La irrupción de la lengua extranjera en poemas escritos principalmente en español da cuenta de un cruce identitario que sitúa a la voz poética en un espacio intermedio, tensionado por la condición de desplazamiento. Como ha señalado Soledad Bianchi (1984) refiriéndose al uso de este procedimiento en Mauricio

Redolés, el poeta y músico chileno exiliado en Inglaterra “incorpora palabras en inglés a su poesía, es decir, inscribe el exilio en su escritura” (p. 47).

En “Femipoema de la superpoblación”, este recurso permite efectuar una crítica de género que ironiza el rol sexualmente codificado de la mujer en la sociedad capitalista patriarcal. La hablante se pregunta “quién paga, quién usa la píldora –los **side effects**–” (negritas en el original, Galaz, 1990, p. 20) en la pareja heterosexual, para añadir más adelante: “Quién espera –al perfume de la noche– por el **sex** / y por el **appeal**” (p. 21). La serie de preguntas retóricas intensifica la ironía, cuya respuesta se vuelve evidente: es el hombre quien espera encontrar sexualmente dispuesta a la mujer y es ésta quien sufre los efectos colaterales de los fármacos anticonceptivos. La ironía se acentúa en la segunda cita, cuando se divide el concepto que define la atracción sexual en la sociedad norteamericana, y en las que reciben su influencia, con lo cual se enfatiza el hecho de que las exigencias recaigan mayormente sobre la mujer: es ella quien debe, además –después de sufrir los “side effects”–, no sólo estar dispuesta sexualmente, sino resultar atractiva y deseable.

En el poema mencionado, “Señas distantes de lo preferido”, el *code-switching*, en cambio, se orienta más directamente a la condición exiliar:

Y héme aquí en otras constelaciones, lejos del mar
y en lengua extranjera que tropieza con mis sílabas
en un rumor de **how're ya doin' t'day, come again**
y **life in the fast lane**: el apremio de vivir sin tiempo
la vida que sube torrencial,
entrando en cualquier autopista
–los parámetros del próximo **century**–. (Galaz, 1990, p. 39)

Aquí el inglés irrumpe bajo la forma de frases hechas y lugares comunes, tropieza con el español y, al mismo tiempo, con la propia lógica poética. Su pragmatismo contrasta con la densidad simbólica del verso y despliega una tensión entre dos modos de habitar el

mundo. La crítica se dirige a un estilo de vida regido por la velocidad, la productividad y la eficiencia –“life in the fast lane”–, que se opone a la temporalidad y al imaginario del espacio latinoamericano.

De este modo, la voz lírica experimenta distancia respecto de su lengua materna y de la ideología que encarna la lengua extranjera. El inglés es asociado a una forma de vida ajena, regida por la eficiencia, la velocidad y la lógica instrumental propia de la modernización neoliberal. El *code-switching* opera, entonces, como marca de bilingüismo y como inscripción de una subjetividad escindida, que evidencia una tensión entre lenguas, culturas y sistemas de valores. Esta operación intensifica la ironía contra las formas lingüísticas que codifican y prescriben las relaciones de género, así como contra aquellas que lexicalizan el estilo de vida de la sociedad capitalista. La hablante de estos versos se siente desarraigada del español: de sus mares y constelaciones, no solo porque el inglés le resulta ajeno en tanto lengua, sino también porque le resulta extraño en un sentido ideológico. Es la lengua de una vida que “tropieza” constantemente con lo estacionario del “Sur de las lentas vides” (Galaz, “El exilio que no me aleja”, p. 11), la tierra del padre, y del “Valparaíso marino y natal” (Galaz, “Cuadrante de la melancolía”, p. 13).

La lectura de ambos poemas deja ver una perspectiva crítica del capitalismo patriarcal, que excluye las prácticas políticas socialistas y normaliza a la mujer bajo parámetros masculinos. La exiliada, marginada políticamente, experimenta además una forma específica de marginación de género. El *code-switching* vuelve visible este doble registro al poner en escena la irrupción del inglés mediante lexicalizaciones del poder: “side effects”, “sex appeal”, “the fast lane”, que, significativamente, no derivan en un ejercicio sostenido de traducción, autotraducción o exofonía al interior del poemario o en la obra poética general de Galaz.

Estos ejemplos revelan que el conflicto entre izquierdas y derechas, entre lenguas y hemisferios, se tematiza en el contenido del poema y se registra en su propia materialidad verbal. La escritura se convierte así en un espacio de resistencia y de negociación identitaria, donde el yo lírico tensiona las fronteras del decir y del pertenecer. En este

desplazamiento, el desarraigo deja de ser una experiencia estrictamente territorial o urbana para manifestarse como una grieta simbólica en la lengua, el cuerpo y la memoria. Esta fractura da cuenta de la violencia política del exilio, así como del desajuste entre una subjetividad marcada por la memoria del origen y una modernidad neoliberal que impone lógicas de aceleración, productividad y homogeneización cultural.

En Rodríguez y Galaz, el lenguaje registra esa fractura y la expone como síntoma de una incompatibilidad más profunda: la que enfrenta a las subjetividades exiliadas con un modelo que desarticula sus referentes afectivos, lingüísticos y políticos. De este modo, el desarraigo se vuelve inseparable de una crítica a la modernización, en la medida en que evidencia que las lógicas económicas, ideológicas y lingüísticas de la modernización operan como formas de desposesión simbólica, e incorpora, en el caso de Galaz, una inflexión crítica que problematiza las relaciones entre lengua, género y orden capitalista.

5. A MODO DE CIERRE

Los poemas de Alicia Galaz, Osvaldo Rodríguez, Luis Mizón y Eduardo Embry configuran una cartografía lírica del desarraigo que permite dar cuenta de los efectos subjetivos, afectivos y simbólicos de la modernización neoliberal en el contexto del exilio chileno. A través de registros elegiacos, fragmentarios, bilingües o irónicos, alejados de toda denuncia panfletaria, estas escrituras elaboran una crítica al desanclaje cultural, político y afectivo producido tras el golpe de Estado de 1973, inscribiendo en la práctica poética la fractura histórica que lo origina. El análisis sugiere que esta poética excede la mera evocación nostálgica del pasado y se conforma como una memoria crítica que, desde lo íntimo, interroga los procesos de transformación social asociados al proyecto moderno. La recurrencia de motivos como la infancia, la ciudad natal, el cuerpo o la vida cotidiana no solo remite a una pérdida, sino que expone las hendeduras de un sistema que reorganiza territorios, lenguajes y formas de vida.

Esta lectura deja ver que la poesía del exilio de Valparaíso constituye un espacio de elaboración crítica de los efectos de la modernización, en el que el desarraigo adopta modulaciones específicas en cada autor y autora. En Galaz, el exilio se presenta como constatación de un sistema que favorece el enriquecimiento de unos pocos a costa del desplazamiento de otros hacia territorios y lenguas ajenas, incluyendo además una inflexión que problematiza las relaciones entre lengua, género y orden capitalista. En Rodríguez, se expresa como un desencuentro que proyecta la fractura ideológica en el ámbito de lo íntimo. En Embry, predomina la figura del poeta deslegitimado en una sociedad que neutraliza la alteridad, mientras que en Mizón el desarraigo se traduce en imágenes de destrucción que atraviesan el cuerpo, el hogar y el territorio como alegoría de un trauma colectivo.

Desde esta perspectiva, el desarraigo se proyecta desde una dimensión individual hacia una perspectiva colectiva del exilio, sostenida en la memoria de un tiempo anterior al quiebre histórico. El tono elegíaco que atraviesa estos poemas, lejos de constituir un repliegue, pone en evidencia las condiciones políticas y sociales de esa pérdida: la desintegración de la comunidad, la fractura del territorio y la disolución de un horizonte utópico. De este modo, el estudio permite afirmar que esta poesía se instala como un espacio fértil para la elaboración crítica de los costos humanos de la modernización en América Latina, poniendo en relación, a través de procedimientos poéticos específicos, una reflexión sobre la relación entre subjetividad, territorio y lenguaje. Pues no solo registra el trauma político, sino que lo transforma en un tipo de pensamiento que cuestiona el avance homogeneizante del capitalismo global.

Finalmente, esta lectura abre una serie de proyecciones investigativas. Por una parte, contribuye a los debates contemporáneos sobre la literatura del exilio y su vínculo con los procesos culturales de la globalización; por otra, permite profundizar el concepto de desarraigo como categoría crítica para el análisis de otras escrituras del desplazamiento en América Latina. En particular, este estudio muestra que el desarraigo se expresa tanto en la pérdida del territorio como en una formulación radical en la lengua, donde la

fractura del exilio se inscribe en la materialidad misma del poema. Así, la noción desarrollada se proyecta como una herramienta capaz de ofrecer una comprensión de las transformaciones contemporáneas de la experiencia histórica. De esta manera, la poesía del exilio transforma la memoria de una pérdida en un saber crítico sobre las formas contemporáneas de desposesión.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aínsa, Fernando. (2006). *Del topos al logos. Propuestas de geopoética*. Iberoamericana.
- Bianchi, Soledad. (1984). "Haciendo Chile en el exilio". Entrevista de Manuel Alcides Jofré. *APSI*, pp. 47-48.
- Bruce-Mitford, Miranda. (1996). *El libro ilustrado de signos y símbolos*. Dorling Kindersley.
- Bundgard, Ana. (2013). "Expresión del desarraigo en el exilio". *Aurora. Revista de Estudios de la Mujer*, núm. 14, pp. 8-16.
- Candia-Cáceres, Alexis y Rosales Neira, Óscar. (2025). "Águilas del puerto: poéticas urbanas del Valparaíso de inicios del siglo XX". *Revista Iberoamericana*, vol. 91, núm. 290-291, pp. 59-76.
- Darío, Rubén. (2013). *Azul...* Universidad de Valparaíso.
- Des Rosiers, Joël. (1997). *Théories caraïbes: Poétique du déracinement*. Triptyque.
- Embry, Eduardo. (2010). *Al revés de las cosas que en este mundo fenecen*. Facultad de Humanidades, Universidad de Playa Ancha.
- Figueroa Flores, Ximena y Acero, Nibaldo. (2019). "Notas al pie de la memoria: exilio, autobiografía y olvido en cuatro poetas de Valparaíso (Galaz, Rodríguez, Mizón y Embry)". *Romanica Olomucensia*, vol. 31, núm. 2, pp. 203-212.
- Figueroa Flores, Ximena y González Alfonso, Felipe. (2018). "La literatura de Valparaíso: entre la desterritorialización y el extrañamiento". *Alpha*, núm. 46, pp. 49-67.
- Figueroa Flores, Ximena y González Alfonso, Felipe. (2021). "Geopoética de la distancia: desplazamiento territorial y emocional en algunas obras líricas del exilio de Valparaíso". *Acta Literaria*, núm. 63, pp. 123-139.
- Galaz, Alicia. (1990). *Señas distantes de lo preferido*. Lar.

- Halperin Donghi, Tulio. (1996). "Agotamiento del orden neocolonial". *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza, pp. 377-764.
- Jameson, Fredric. (1991). *La lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós.
- Landaeta, Patricio y Candia-Cáceres, Alexis. (2025). "Valparaíso: la nueva Babel del Pacífico". *Logos*, vol. 35, núm. 1, pp. 414-435.
- Lechner, Norbert. (1988). "La democratización en el contexto de una cultura postmoderna". *Los patios interiores de la democracia*. FLACSO, pp. 253-262.
- Lechner, Norbert. (1990). "Condiciones socio-culturales de la transición democrática: A la búsqueda de la comunidad perdida". *Estudios Internacionales*, núm. 94, pp. 209-228.
- Mizón, Luis. (1988). *Province perdue*. Les Cahiers de Royaumont.
- Mizón, Luis. (2012). *Marée basse. Suivi de six arbres*. Phaenix AEncrages & Co.
- Rodríguez, Osvaldo. (1994). *Cantos de extramuros*. Umbral.
- Rojas Castro, Braulio. (2018). "Literatura porteña en el exilio. Una mirada de conjunto: Fernando Lamberg, Eduardo Embry, Luis Mizón, Juan Cameron y Osvaldo Rodríguez". *La experiencia del exilio y el exilio como experiencia*, compilado por Mariela Ávila y Braulio Rojas Castro. Editorial UCSH, pp. 253-262.
- Rojas Castro, Braulio. (2024a). "Imaginario nacional, imaginario diferencial y cronotopo urbano-costero en la literatura de Valparaíso desde las teorizaciones de Adolfo de Nordenflycht". *Acta Literaria*, núm. 69, pp. 33-50.
- Rojas Castro, Braulio. (2024b). "La literatura de Valparaíso como literatura regional, portuaria y cosmopolita". *La dimensión marítimo-costera de la modernidad periférica. Experiencias culturales, materiales y simbólicas para comprender las formas de vida urbano-portuaria*. Puntángeles, pp. 43-53.